

(JUAN MANUEL QUERO , 04/10/2012) Cuando hablamos de hambre y sed, somos invitados más que a teologizar, a actuar. No le puedes decir a un hambriento o a un sediento, lo que significa su necesidad, o cuáles son las propiedades del pan o del agua que le podrán saciar. Lo que realmente es apropiado es dar de comer y de beber.

En el año 1968, en Medillín (Colombia) se celebraron unas conferencias promovidas por unos sacerdotes, que buscaban quitar la opresión que existía en todo Latinoamérica, surgiendo así lo que se llamó a partir de entonces la «Teología de la Liberación», siendo sus fundadores Leonardo Boff y Gustavo Gutiérrez. Algunos llegarían hasta las armas para intentar poner más justicia desde principios cristianos.

Pero realmente, el problema de la injusticia radica en el corazón del hombre, no en los sistemas sociales corruptos, sino en lo que hay en el corazón del hombre que es lo que realmente contamina el mundo y crea la corrupción.

La injusticia de nuestras sociedades las podríamos clasificar en muchos temas. Y si apuntásemos todas, podríamos escribir libros. Los juzgados están llenos de expedientes de injusticias, y allí solamente hay una pequeña parte de lo que hay en el mundo. No tenemos que mirar muy lejos para constatar esto, lo podemos ver en nosotros mismos también: pensamientos que nos asaltan; intereses personales; prioridades y énfasis vitales, etc.

Yo dividiría la injusticia de este mundo en dos grandes secciones: la macro-injusticia y la micro-justicia. Desgloso esto en dos artículos para ocuparme primero de la MACRO-INJUSTICIA.

Podemos quejarnos de la injusticia que sacude los países más débiles, y dentro de estos las personas menos pudientes. Incluso pensar en los desastres naturales como agentes que parecen coaligarse en estas hecatombes poco justas. Tal como ha ocurrido con cierta frecuencia en países desfavorecidos durante mucho tiempo, como Haití, Chile, China. No es Dios quien ha traído estos desastres. Dios tiene pensamientos de paz para el mundo (Jer.29:11). Pero el mundo en su orgullo construye con seguridad para unos, y para otros se permite construir «casas de paja».

Muchas veces los países pobres se convierten en el basureros de los más ricos, destinando allí los despojos, lo que no queremos aquí. De 372 millones de personas que mueren al año en el mundo (2006), 215 mueren de hambre o enfermedades derivadas de esta.

A lo largo de la historia han ocurrido genocidios importantes, es decir matanzas de personas, eliminando casi tribus o pueblos enteros. Es la macro-injusticia, que parece incluso tener una especie de «macro-distancia», de lejanía, para los países que clasificados como desarrollados, parecen inmunes a esto.

Pero las cosas cambiaron y siguen en proceso de cambio desde esta nueva crisis que también afecta «a los más poderosos». Miles de personas se manifiestan en torno al Congreso de los Diputados de nuestro país. Piden justicia, se manifiestan pacíficamente, pero los símbolos de paz se convierten por influencia de algunos exaltados, o por situaciones límites inaceptables, en revueltas que siguen señalando la injusticia existente.

En medio de esta crisis económica y social, parecen concurrir desastres naturales, llevándose hace unos días a una decena de vidas, y destruyendo amplias zonas de nuestro país. Esto nos hace ver las injusticias que nos parecían más lejanas, como algo más significativo.

Pero, mientras tanto, algo incomprensible; en las calles se observan colas de centenares de personas, para comprar el nuevo Iphone 5, una de las últimas tecnologías de telefonía móvil, a un precio disparatado, al que no se resisten multitudes de personas, dispuestas a hacer colas

enormes. Esta realidad contrasta con otras largas colas en las puertas del INEM (Instituto Nacional de Empleo, que se entiende más en nuestro país como todo lo contrario, es decir el instituto nacional de parados). Es una situación que está fuera de contexto, que muestra una realidad a grande y pequeña escala de la realidad social que vivimos.

La «delgadez» del Iphone 5 contrasta con la delgadez del hambre, de la injusticia social.





Quizás esta sea una prueba más, de que necesitamos esa justicia que viene de arriba, del cielo, de ese Dios, que equilibra las cosas, y cambia los corazones de las personas.

No confiéis en los príncipes,
Ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación.
Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra;
En ese mismo día perecen sus pensamientos.

Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob,
Cuya esperanza está en Jehová su Dios,
El cual hizo los cielos y la tierra,
El mar, y todo lo que en ellos hay;
Que guarda verdad para siempre,
Que hace justicia a los agraviados,
Que da pan a los hambrientos. (Salmo 146:3-7).

Autor: Juan Manuel Quero

© 2012. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA

{loadposition quero}